

«SENDEROS», poemas en prosa de Clara María

Después de «Cardo Azul», su primer libro de poemas, Clara María ha comprendido que, a la buena vocación, le es indispensable el trabajo, un intenso trabajo, crítico, renovador, austero, implacable. Mínima verdad, un poco baladí, como dicen, y otro poco indispensable para un escritor recién revelado.

En «Senderos» Clara María lo demuestra positivamente.

Y no es que este agradable volumen quiera tocar impalpables esferas, paraísos ignorados, tierras benditas, sino que hay aquí distinta conducta, un destino diferente, muy diferente al que se le sentía en «Cardo Azul», obra que, a bien y pesar de los elogios, sirvió, sin embargo como pauta de cualidad y sentimiento. Porque bien sabe y comprende la autora, que en el transcurso de una vida dedicada al arte, sobre todo auténtico, bien poco le valen al artista y al público culto, ese primer aplauso, ese sí que no suena como el mar permanente ni perdura como bosque imborrable.

Este «Senderos», fina gracia, tono sutil, elegante filtro y menuda presentación, sin ser trascendentes, logran, sin embargo, auténtica emoción, y satisfacen ese momento que el lector les dedica, dejándole sutiles reacciones:

«Por muy lejos que creamos haber ido en nuestro sueño de Amor, estaremos siempre dentro de su espacio, que es infinito» ... Pág. 53.

Así, todo el libro.

Naturalmente, cuando la altura que Clara María otorga a sus breves poemas invade nuestro pecho, brusco ademán nos trae a la tierra. Entonces, tenemos la impresión que no siempre nos llega su filosofía, que ella entrega totalmente a sus poemas. Nos puede parecer angelical, un poco alada, frente al rigor de la vida o a la profundidad del amor o la muerte. Y sin embargo, siempre es sincera.

De allí que creamos que Clara María está encauzando sus pasos por buen sendero. Esperemos nuevos frutos, que este último libro suyo augura notables realidades.—V C.

UNA CARTA DE EDUARDO BARRIOS A MARÍA CAROLINA GEEL,
A PROPÓSITO DE LA NOVELA «EL MUNDO DORMIDO DE YENIA»

En cuando concluí la lectura de su libro, salí en busca de su editor para obtener las señas postales de usted. Me urgía manifestarle mi admiración.

Sí, María Carolina Geel, a medida que leía esas páginas vivientes, el convencimiento de haber descubierto una artista excepcional en nuestra literatura femenina, iba creciendo; y al volver la última página y apreciar la obra en su total, he sentido el imperativo de escribirle. No importa que lo haga con desorden; vale más acaso la vehemencia de lo espontáneo. Créame que han vuelto a mí las emociones que, allá por 1913 ó 14, me henchieron al descubrir a Gabriela Mistral. También ella dejó salir sus poemas desde la oscuridad y llena de vacilaciones y temores, y también ella convenció desde el primer instante de que nos salía al encuentro un gran hallazgo. Análogo temblor estético hay en mi espíritu hoy, tras la lectura de «El mundo dormido de Yenia».

Difícil me sería decir de pronto qué factor de la obra se ha impuesto con mayor fuerza a mi admiración, si la certera sutileza psicológica, si la afinación poética, si el nivel de alta dignidad humana y artística en que todo el relato se mantiene. Acaso la escasez de psicólogos en nuestra novelística y el hecho de ser éste mi campo predilecto me induzcan a considerar de preferencia la exactitud, a ratos milagrosa, del proceso anímico de Yenia. Ese caso de mujer «punto ardiente entre dos distancias» está tratado, sin duda, en «el profundo femenino». (Per-